

Compre usted mañana
el número 29 de la popular
publicación semanal de
BIOGRAFIAS DE ARTIS-
TAS DE LA PANTALLA

LA NOVELA INTIMA
CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía de
la célebre estrella

BETTY BRONSON

Numerosos datos y fotografías
Regalo de una lujosa postal

— Precio popular: 35 céntimos —
De venta en todas partes

E. VERDAGUER MOYERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 197

25 cts.



LA NOCHE
DE LA BATALLA

por
Nina Vanna
y Gaston Modot

de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 197

La noche de la batalla

Adaptación cinematográfica del popular drama de
Claude Farrere y Lucien Nepoty, «Veille d'Armes.»

REPARTO

<i>Capitán de la Croix de Corlaix</i>	Mr. Schutz
<i>Teniente Brambourg.</i>	Gaston Modot
<i>Alférez d'Artelles.</i>	Jean Bradin
<i>Juana</i>	Nina Vanna
<i>Alicia d'Algy</i>	Annette Benson
<i>Capitán Morbrás</i>	Mr. Candé

EXCLUSIVA DE
MUNDIAL FILM. - (Rodrigo Soler)



Diputación, 278

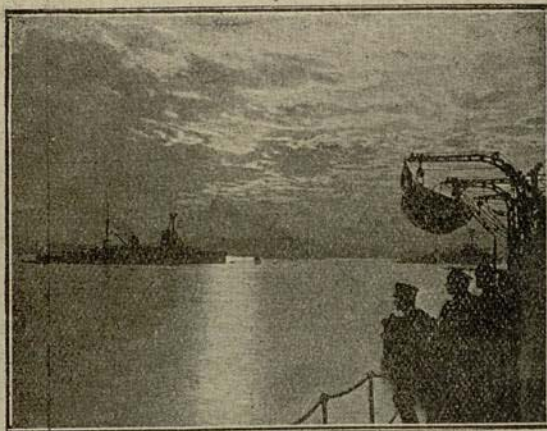
BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
SALLY RAND

La noche de la batalla

Argumento de la película

En la rada de Tolón. El sol llenaba de jirones rojos el añil del cielo y los monstruos de acero decían su plegaria de cornetas.



En la rada de Tolón. El sol llenaba de jirones rojos el añil del cielo...

El "Alma" estaba allí, erguido sobre el infinito líquido, soberbio de su poderío. Era un crucero auxiliar, mandado por el presti-

gioso capitán De la Croix de Corlaix, marino de vieja estirpe, con todos los orgullos y prejuicios de su noble abolengo.

Como suele ocurrir en toda colectividad, el teniente de navío Henry Brambourg era una nota despaecible en el ambiente de cordialidad de los oficiales del "Alma"; al contrario del alférez Luciano d'Artelles, que se había granjeado todas las simpatías de sus compañeros y subalternos.

El carácter animoso del joven Alférez había sufrido cierta transformación de un tiempo a aquella parte. No sentía ya grandes entusiasmos por su brillante carrera... y era que allá en tierra quedaba el tesoro de su corazón enamorado.

De pronto, aquel véspero, una lancha acercóse al crucero. Iba en ella una gentil mujer. D'Artelles sonrióse y acudió a saludarla discretamente cuando puso pie en el "Alma".

La que llegaba era Juana, la hija del capitán de Corlaix, un rayo de sol en la vida del viejo marino, que la guardaba celoso como un ogro guardara a una princesita encantada.

—¿Cómo tú aquí, querida niña?

—Voy a casa de Alicia, papá... No he querido pasar por delante del "Alma" sin traerte estas flores, que yo misma he cortado para ti.

Agradeció el amante padre la prueba de cariño de Juana, y ésta marchóse sin detenerse más, mirando con el rabillo del ojo al

Alférez, que la contemplaba con adoración.

La lancha mecióse de nuevo en las aguas, acompañándola d'Artelles desde la ventanilla de su camarote.

El viejo Capitán dió un suspiro al ver desaparecer a su hija. Quisiera tenerla siempre a su lado, sentir de continuo su suave contacto.

—Fergassou, mi viejo amigo... Es mi única ilusión. Tú, que conociste a su pobre madre, comprenderás...—rezó, ante un viejo camarada, acariciando la fotografía de Juana, que ocupaba el puesto de honor en su camarote-despacho.

Juana iba a casa de su prima Alicia d'Algy, de carácter alegre y bullicioso, figura indispensable en toda fiesta de sociedad.

—Vienes que ni llovida del cielo... Necesito que me ayudes a preparar la fiesta de mañana—dijo Alicia a Juana, apenas presentóse ante ella.

—De mil amores, hijita. ¡Si supieras los deseos que tengo de que llegue ese dichoso mañana!

—Estás decidida a divertirme de lo lindo, ¿verdad?

—Mucho, Alicia, mucho... No quiero perder ni un baile...

Al día siguiente, cuando en las calles de Tolón se celebraba el Carnaval en una orgía de flores y de confetti, en los aristocráticos salones de Alicia se daba una gran fiesta en honor de los marinos del "Alma".

El capitán de navío Morbrás, un simpático personaje de las altas esferas de la política, era uno de los pocos íntimos de de Corlaix.

—¿Qué dice ese corazoncito...? ¿Todavía desocupado?—preguntóle sonriente a Juana.



...acompañándola d'Artelles desde la ventanilla de su camarote.

—Pero, mi Capitán... ¿quién se atreve?

—¡Oh—exclamó el marino, mirándose detenidamente al espejo del saloncillo en que se hallaba en charla con Juana—. No... in-

dudablemente no estoy yo para que una mujer se enamore de mí... si no...

—Eso se arregla muy fácilmente, Capitán —respondió Juana riéndose deliciosamente...

—Eseja usted entre las numerosas damas invitadas que le están esperando a usted en el salón.

—¡No, no! Las mujeres me han dado siempre más miedo que un ciclón en el Pacífico...

—¡Tan malas somos, Capitán?...

—Usted, no; usted, no... pero... No, no, no... Yo quiero paz, paz y siempre paz.

La fiesta batía de pleno. Reinaba la alegría, el buen humor. Se iniciaban encantadores "flirts". Cambiábanse promesas de cariño. La música despertaba soñadas ilusiones en las almas.

Pero Juana, en medio de tanto esplendor, se sentía como invadida por una niebla de negros presagios, que en vano trataba de disipar en aquella atmósfera de felicidad... Sus ojos buscaban al alférez d'Arteles, y cuando pudo reunirse, a solas, con él, en otro salón, le preguntó con visible inquietud:

—¿Es que no me quieres ya...? ¿Es que he dejado, acaso, de quererte yo...?

—Juana... Bien sabes que no es nada de eso... ¡Soy tan feliz y tan desgraciado!—repuso d'Arteles con desazón.

—¿Por qué, Luciano, por qué?... ¿No tienes confianza en el porvenir?

—Sí, Juana, sí... ¡pero te amo tanto!...

De los lípidos ojos de Juana se escaparon unas lágrimas. Participaba del dolor y del deseo del joven oficial... Se amaban intensamente...

Contrastando con la algarabía que triunfaba en los salones inmediatos, en una pieza íntima, destinada al juego, se recibía, con destino al político Morbrás, un mensaje de suma importancia.

—¿Qué sucede?—preguntáronle varios oficiales.

—Nada... Un poco de tensión diplomática... ¡Cosas de política!—dijo Morbrás. Y añadió, para de Corlaix solamente, con quien se alojó:—La situación se ha agravado de una manera alarmante... Seguramente habrá jaleo.

II

Al día siguiente, Juana daba una comida íntima a los oficiales del "Alma", en casa de su padre.

Alicia y varias amigas, que habían puesto sus ansias en otros tantos oficiales, habían sido invitadas al ágape familiar.

Ni que decir tiene que Juana colocaba la tarjeta con el nombre de Luciano d'Arteles junto a la suya.

Los convidados de honor se hacían de esperar. Al fin parecióle a Juana que ya llegaban, pero no fué sino un portador de la siguiente nota del capitán de Corlaix:

Barco esperando órdenes. Imposible desembarcar. Os esperamos a bordo para cenar. Besos. Tu padre.

Las preciosas mujeres se dispusieron a trasladarse al crucero, y a poco se hallaban en él, y ponían, con su perfume y sus sonrisas, como una mágica luz en la monotonía del rígido comedor.

Después de la comida, el teniente Brambourg, acercándose al alférez d'Artelles, le dijo, insinuante:

—Si hay guerra, como todo hace pronosticar... yo sé de alguien que derramará unas lagrimitas en tu honor... ¿No es verdad?

D'Artelles supo disimular, y contestóle, evasivamente:

—Todos tenemos alguien en quien pensar cuando el deber nos llama a lo desconocido... Pero, a veces, los otros saben más que uno mismo. Este es un caso...

Juana, alarmada por la orden recibida por el capitán del "Alma", pidió a su padre detalles concretos.

—Sí, hija mía... Se habla de movilización, desgraciadamente. Y en ese caso el "Alma" tiene una misión secreta que cumplir...

Juana quería entrevistarse con d'Artelles, pero esto parecía imposible. Sin embargo, una vez que pudo rozarle sin ser observada, murmuró:

—Quiero hablarte...

Pero el Alférez estaba dando órdenes, cumpliendo las recibidas del Capitán, y no le era dable atender el deseo de su amada.

Las calderas del crucero se hallaban a presión... El "Alma" podía hacerse a la mar treint-

ta minutos después de recibida la orden de partida, la cual se esperaba como cosa irremediable.

D'Artelles, prosiguiendo el cumplimiento de sus atribuciones, acercóse a las señoritas invitadas, y les dijo:

—El bote que debe llevar a ustedes a tierra, saldrá dentro de un cuarto de hora. Habrá otro a media noche, pero sólo para el servicio de a bordo.

No quedaban, pues, más que quince minutos para despedirse los tres seres que se amaban: el Capitán, Juana y el Alférez.

El primero, deseoso de hablar a solas con su hija, halló un pretexto para separarla de los demás.

—Vamos a aprovechar estos escasos minutos en dar una vuelta por el crucero y así verás lo que es un barco de guerra en vísperas de grandes acontecimientos...

Al pasar por uno de los corredores del buque, Juana se fijó en la placa que había en la puerta de uno de los camarotes. En ese cuarto dormía y pensaría en ella el Alférez.

Siguieron paseando, como dos enamorados, padre e hija. Al llegar a popa, envueltos en la sombra de densos nubarrones que empujaban las aguas, el Capitán, abrazando a su hija con frenesí, musitó:

—Nenita... nena mía...

Juana extrañóse de la vehemencia que había puesto su padre en la muestra de cariño, y preguntóle:

—¿Qué tienes, papá...? ¡Todo el día te veo preocupado!... ¿Soy yo la causa de tu tristeza?

De Corlaix subsanó su torpeza al momento, y trató de rechazar de la mente de Juana toda duda que pudiera tener.

—¡Oh, no, Juana! Eres muy buena conmigo y sé que jamás tendré nada que reprocharte... Sólo, en estos momentos... Esto me sucede siempre que debo separarme de ti...

—¡Qué bueno eres, papá! No merezco tanto afecto.

—¡Oh, sí, Juana! Tú eres todo para mí.

Querido en aquellos momentos por asuntos de su incumbencia, el Capitán separóse de Juana, y a poco de hacerlo, presentóse ante ella el teniente Brambourg, que había estado acechando la ocasión de decirle a la joven algo que le ocultara hasta entonces.

—Señorita Juana, es preciso que lo sepa usted... ¡La amo... y nada en el mundo...!

—¡Teniente! ¿Cómo osó atreverse a portarse como un mal caballero? ¡Suélteme, en el acto!

Brambourg había abrazado a Juana. Ante la enérgica actitud de la deseada, disculpóse con fingida humildad:

—Señorita... Su belleza cegóme... Le suplico que...

—Puede tener la seguridad, teniente Brambourg, de que no provocaré ningún escándalo y de que nadie sabrá jamás de este incidente... Pero sepa que amo a otro hombre y...

El Capitán había visto, desde el puente, a su hija discutiendo con Brambourg, y no dudó en creer que éste se había portado groseramente con ella, en vista de lo cual, al reunirse, más tarde, con Juana, le dijo:

—Hace un momento, en el puente, no he podido evitar que unas palabras sueltas llegaran a mis oídos... ¿Acaso el teniente Brambourg te molestó...?

—¡Por Dios, papá! No tiene ninguna importancia... No fué más que una galantería, que tal vez tomé demasiado en serio...

No le satisfizo la explicación al Capitán, y era seguro que Brambourg conocería que sospechaba en él.

La hora de la partida de las señoritas se acercaba, y pocos minutos antes de la misma, se recibió en el buque el mensaje que se esperaba. Los oficiales, al enterarse de su contenido, miráronse a una con viveza.

—¿Qué es, papá?—inquirió Juana.

—No hay novedad... Puede decirse que esto significa... la paz...

Juana no pudo entrevistarse con d'Arteles, y al punto de marcharse del buque cruzó sus miradas de cariño con las suyas, implorante, necesitada de sus caricias.

Brambourg trataba de explicarse el porqué de la brusquedad con que lo trataba el Capitán desde que se portó de modo poco correcto con Juana, aunque no podía menos de imaginarse el motivo. Una vez que se acercó a él para darle ocasión de hablar, no logró otra

cosa que ser encargado de una misión:

—Teniente Brambourg, vaya usted a hacer una ronda por todo el buque.

Las señoritas iban a salir del crucero. Brambourg, casualmente, encontróse a solas con Juana, y pronunció, simulando arrepentimiento:

—Perdone usted, señorita Juana, que por un momento no haya sabido ocultar mis más respetuosos sentimientos...

—No hablemos más de ello, Teniente...

—No creo que me guarde usted rencor... ni que rehuse el perdón a un hombre que tal vez mañana dé su vida por su patria...

—¿Cómo?... ¿Qué ha dicho usted?... ¿Entonces...?

—¡Sí! ¡Aquel mensaje cifrado significaba la guerra!

—¡¡La guerra!!

Y Juana ahogó un grito de angustia en su garganta.

III

Las mujeres habían salido ya del crucero, y desde aquel momento se comunicó oficialmente a la tripulación que la guerra era un hecho. El crucero debía zarpar a la mayor brevedad.

El Alférez se hallaba en el despacho del Capitán esperando órdenes, y sorprendió al viejo marino en un momento de debilidad sentimental. De Corlaix contemplaba el retrato de su hija. De pronto, el joven oficial le vio llorar, y rezar:

—Es el viejo retrato de su madre, mi pobre Juana... Hay momentos en que el pasado resurge con tal intensidad, que me parece ver su misma sonrisa, oír su misma voz... Y esta noche, sobre todo... ¡Pobre hija mía!

—Lo comprendo...

—En fin... Perdóneme esta debilidad, mi buen d'Artelles... pero es que el corazón no se curte con el aire del mar, como nuestros rostros, ni se atrofia con el estampido del cañón, como nuestros sentidos...

D'Artelles estuvo tentado de dar libre salida a la pena que le atenazaba el alma... de llorar también pensando en Juana... pero supo resistir... ¡Ah! ¡Si de Corlaix sospechase que él pretendía robarle a su hija! ¡Era tan extremadamente egoísta y sublime el amor del viejo padre!

Al regresar el Alférez a su camarote, le esperaba en él la mayor sorpresa de su vida.

Empujó la puerta. Entró. Movíase la cortina que ocultaba discretamente la litera. ¿La agitaba el aire? No. Alguien se había escondido detrás de ella. ¿Quién podía ser? D'Artelles apenas tuvo tiempo de preguntárselo, pues apareció de pronto ante él... ¡su Juana!

—¡Oh!... ¡Tú aquí! ¿Qué significaba esto?

—¡Mi bien! ¡Sé que vais a partir... sí, lo he oído! ¡Y que quizá no nos volvamos a ver...! ¡Perdóname! ¿No comprendes que he querido pasar a tu lado todavía esta última hora?

—Pero... ¿cómo te has atrevido a ocultarte

aquí... en mi camarote? ¿No sabes que sí...?

—Nada temas por mí... Nadie ha visto nada y Alicia está en el secreto. Me llevarás a tierra en el bote de media noche... Creí volverte loca, cuando me enteré de la verdad... y no pude resistir... ¿No le disculpas a tu nena el que te quiera tanto...?

—¿Qué no te perdonaría yo, mi Juana?

Abrazáronse, fundiendo sus almas en apasionados besos.

De súbito movióse el buque. Acababa de darse la orden de zarpar.

Juana, presa de espanto al comprender la imposibilidad de desembarcar, y temiendo ser descubierta su presencia en el barco, se estrechó convulsa y sollozante contra d'Arteles.

—Pero ¿partimos?... ¡Por Dios, Luciano! ¿Que papá no sepa jamás esto...! ¡Se moriría de dolor y de vergüenza!

La situación era harto crítica, pero d'Arteles sacó fuerzas de flaqueza.

—No se ha perdido nada... Cálmate... Verás... Pasado mañana estamos en Bizerta... Yo te desembarco... Allí tomas un transatlántico para Marsella... Puedes ocultarte aquí y nadie se enterará, salvo mi ordenanza, del cual respondo...

Este llegó en aquel momento, pasmándose al ver en el camarote de su jefe a Juana.

—La señorita de Corlaix tuvo un desvanecimiento y la traje aquí para no intranquilizar a su padre... Ahora ya es tarde para de-

cir nada... ¿Comprendes?—le dijo el Alferez.

El ordenanza era un mulato que antes se dejaría despedazar que traicionar a su jefe, por quien sentía una admiración sin límite. El muchacho comprendió.



—Nada temas por mí... Nadie ha visto nada y Alicia está en el secreto.

—¡Sobre todo, ni una palabra a nadie! ¡A nadie! ¡Nunca! ¿Entiendes?

—Lo prometo—repuso el mulato extendiendo su mano derecha en señal de promesa.

El teniente Brambourg seguía los pasos del capitán de Corlaix, intrigado por la rudeza de su trato, y prefiriendo que le hablase claro, para mentir mejor.

—Me pareció que deseaba usted...—deci-



El ordenanza era un mulato que antes se dejaría despedazar que traicionar a su jefe...

dióse a decirle para forzarlo a hablar.

—No, teniente Brambourg... No tengo ninguna explicación que pedirle... Puede hacer una segunda ronda por todo el buque.

IV

Fastidiado por los paseos que le obligaba a darse el Capitán, Brambourg tuvo la idea de reunirse con d'Artelles, en el camarote de éste, para intentar sacar en claro algo de lo que estaba sucediendo.

Juana ocultóse sobresaltada detrás de la cortina, sentándose en la litera, y así Brambourg no pudo descubrirla al entrar en el camarote.

D'Artelles recibió con afectada naturalidad a su compañero, que se fijó con insistencia en una carta que aquél tenía encima de su mesa de trabajo.

—Perdona, chico, pero estoy furioso... —dijo el Teniente a Luciano como saludo—. No sé lo que le pasa al Comandante contra mí, que cada vez que me ve pone una cara de mil diablos... Ese carcamal está *chatao* por su hija y... tal vez... no sé... ¿Sabes tú algo?

—No... no sé nada...

En tanto, en el mar, allá a lo lejos, se movía un buque.

El comandante del "Alma" ponía en duda la posibilidad de que fuera un barco de guerra enemigo, pues era el primer día de movilización y llevaba todas las luces encendidas.

Sin embargo, de Corlaix hizo preparar las luces de señales para hacer las preguntas de rigor.

—Primera pregunta: Encended. Si es un buque nuestro, la contestación debe ser: ro-

jo por todas partes.

El otro buque contestó correctamente, encendiendo cuatro luces rojas.

Brambourg y d'Artelles habían estado observando el cambio de señales entre el "Alma" y el buque que se divisaba en el horizonte.

—Cuatro luces rojas... Es un buque francés—dijo el Alférez.

—La contestación es correcta... Pero eso no quiere decir nada—comentó Brambourg, contrastando su pesimismo con el deseo de d'Artelles de que no fuese un buque enemigo.

—¿Por qué?—preguntó el Alférez.

—¿Te gustaría saber lo que me da en la nariz?... ¡Pues, que dentro de un momento nos va a arder el pelo!

Por su parte, el comandante del "Alma" tomaba sus precauciones.

—A pesar de todo, que cada uno ocupe su puesto, listo para el combate—ordenó. Y seguía observando con sus poderosos prismáticos los movimientos del buque en cuestión.

—¡A babor! ¡Todo! ¡Cargar las piezas!—prosiguió al poco. Y luego, sospechando un engaño—: Contar hasta sesenta segundos... Si no cambia de dirección, hagan fuego.

Transcurrido el minuto sin que el buque que contestara correctamente variase de rumbo, de Corlaix gritó, convencido ya de la traición:

—¡Fuego!

El combate fué impetuoso por ambas par-

tes. Todas las baterías vomitaban enormes moles de acero. El cielo tiñóse de rojo, y las aguas se agitaban convulsamente, como protestando del hórrido espectáculo.

Juana, en el camarote de d'Artelles, que había salido con Brambourg para ocupar su puesto de combate, se arrepentía de su locu-



—La contestación es correcta... Pero eso no quiere decir nada.

ra ocultándose en el buque para despedirse largamente de su amado, y se entregaba a loca desesperación. Pensaba, en tan trágicos momentos, en que iba a morir, en que su padre y Luciano morirían también, y luchaba, con indecible amargura, con el temor de ser

descubierta y el deseo de reunirse con los seres queridos, para ampararse en ellos.

Durante el rudo combate, el comandante del "Alma" fué herido en un brazo, pero no abandonó su sitio de mando. Portábase como un héroe. ¡Ah, el infame enemigo! ¡Bien merecido tenía el castigo! ¡Un torpedo del "Alma" le había alcanzado eficazmente, y se hundía en la vorágine de las espumosas aguas! ¡El "Alma" había vencido!

Pero...

—¡Un torpedo enemigo ha hecho blanco en el costado de babor, sobre el compartimento D...!—anunció al comandante del "Alma" un oficial.

Gimió el buque entero al sentirse profundamente herido, y ante la gravedad de los hechos, el heroico de Corlaix gritó:

—¡Toda la dotación a sus puestos de salvamento!

La marinería precipitóse a los botes, derribando los fuertes a los débiles en su afán de huir de la muerte, y arrojándose al agua los más impacientes.

D'Artelles pretendió llegar hasta su camarote para amparar a Juana, mas no pudo: había sido herido, y sus fuerzas no podían ya dar más de sí, expirando en tan comprometidos momentos, a flor de labio el dulce nombre de la adorada.

Pero el mulato había prometido ayudar a su jefe en proteger a Juana, y él fué quien ofreció a la desamparada sus vigorosos brazos

para sacarla del peligro, instalándola como pudo en uno de los botes.

El capitán de Corlaix no abandonaba su buque, y asistía al salvamento de todos sus hombres; pero de su herida manaba sangre en



Pensaba, en tan trágicos momentos, en que iba a morir, en que su padre y Luciano...

abundancia, y el esfuerzo sobrehumano realizado hasta aquel momento le vencía, al fin. Sintió que iba a caer. Intentó buscar apoyo... y desplomóse pesadamente sobre cubierta, murmurando:

—¡He hecho cuanto era mi deber!

V

Habían pasado unos días. El capitán de Corlaix no había muerto, pues unos abnegados marineros se lo llevaron con ellos, prodigándole los más solícitos cuidados en un bote de salvamento.

El capitán Morbrás, Comisario del Gobierno en el Consejo de Guerra por la pérdida del "Alma", daba comienzo al sumario.

El teniente Brambourg fué llamado a declarar. El capitán De la Croix de Corlaix justificaba su retraso en presentar combate al buque enemigo en las señales correctas que éste hiciera en respuesta a la pregunta de rigor.

—Ignoro de qué señales se trata—dijo Brambourg, para vengarse del desdén de Juana y de la severidad con que le tratara, aquella noche de la batalla, el comandante del "Alma"—. Estaba haciendo la ronda interior del buque, por orden expresa del Comandante, cuando ocurrió la explosión...—añadió.

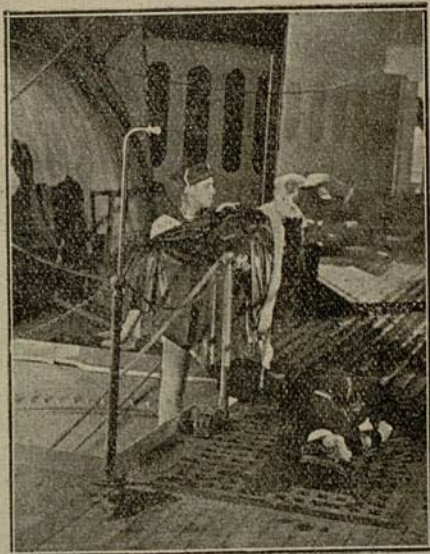
Recogida a las pocas horas del desastre por unos pescadores, Juana de Corlaix había regresado a su casa de Tolón, sin que nadie, excepto Alicia, hubiera podido sospechar de su tragedia.

En cuanto al capitán de Corlaix, hospitalizado durante unos días, sólo una cosa le preocupaba en aquellos instantes: su consejo de guerra.

Alicia leía a su prima la siguiente noticia que publicaban los periódicos:

LA PRUEBA SOBRE LA PERDIDA DEL "ALMA"

El día 19 del corriente mes se celebrará el Consejo de Guerra que ha de ver la causa seguida al capitán De la Croix de Corlaix por



Pero el mulato había prometido ayudar a su jefe en proteger a Juana, y...

la pérdida del Crucero auxiliar "Alma"...

—Todos los que ocupaban el bote en que te salvaste, han perecido... Nadie puede decir... que estuviste a bordo... Y en cuanto al Conse-

jo de Guerra... no te oculto que es grave... pero...—comentó luego Alicia con Juana.

El capitán Morbrás, después de tomar declaración a los supervivientes de la catástrofe, entre los cuales se contaba el ordenanza de



—Todos los que ocupaban el bote en que te salvaste, han perecido... Nadie puede decir que estuviese a bordo...

d'Artelles, que habíase limitado a decir que no había visto, que no sabía nada, presentóse en casa de su amigo el capitán De la Croix.

—Vengo a traerte malas noticias... Tú pretendes que el barco enemigo contestó con arreglo a nuestro código secreto de señales... Desgraciadamente, tú eres el único de los supervivientes que sostenga esa... enormidad. No hay ni un testigo. ¡Ni uno!

—Lamento profundamente que mi palabra no sirva de nada en esta ocasión.

—Lo siento mucho, mi viejo amigo... Pero, la cosa es muy grave y no me sorprendería una seria condena... ¡Ciento veinticuatro supervivientes y ni un solo testigo! ¡Ni siquiera tu teniente Brambourg!

El rostro de Juana se contrajo al oír este nombre. ¡Ah, el miserable! ¡Negar lo que había visto! ¿Podía caber en un corazón humano mayor crueldad?

—Papá dice la verdad... ¡Yo lo sé! Y no será condenado... ¡No!—exclamó colgándose al cuello de su buen viejo.

La defensa que de su deudo hizo Juana no dió que sospechar a los dos oficiales, que la atribuyeron al afecto filial.

Pero aquella noche, el capitán Morbrás recibió en su casa la visita de Juana. Estaba decidida a todo por salvar a su padre. Confiaría al buen amigo de la casa su triste historia de amor.

—¡Oh, capitán Morbrás! ¡Qué fuerza de voluntad he necesitado para dar este paso!

—¡Cálmese, señorita de Corlaix! Ya me contará lo que la trae por aquí...—repuso el marino sorprendido sobremanera.

—¡Le juro, Capitán, que papá dice la verdad!

—Es muy natural y muy justo que una hija crea siempre bien de su padre...

—¡No! Digo que dice la verdad... porque... en el barco... ¡en el camarote del alférez d'Arteles...!

—¿Cómo?... ¿Debo creer que...?

—¡No me pregunte, señor Morbrás!... Sí, cometí esa locura... Después, el ordenanza... Unos pescadores... ¡Sálvele usted!

—Hija mía... No puedo hacer nada... nada. Su confesión no es más que una cosa anónima. El Consejo de Guerra exige declaraciones públicas—declaró con pesar el capitán Morbrás.

—¡El teniente Brambourg ha visto las señales!

—¡El teniente Brambourg! ¿Por qué, entonces, se niega a declararlo?

—¡Por odio, por instinto de maldad!

—No debo influir en su ánimo, hija mía... Siga la voz de su corazón. Si Brambourg rectificase su falsa declaración...

Juana no vaciló en acudir a suplicar al Teniente—sin revelarle, desde luego, que ella estaba en el camarote de Luciano d'Arteles cuando éste presenció con él las señales correctas del buque enemigo—, que hiciese cuanto pudiese en favor de su padre. Hizo llamamiento a todo lo bueno que tuviera en su pecho, para portarse noblemente, sin faltar a la verdad. Pero Brambourg atrevióse a demostrar que tal vez a cambio de cierta complacencia

por parte de Juana podría hablar de otro modo acerca de dichas señales, y ella huyó de la casa del cínico, con la muerte en el alma.

VI

Aquel día se celebraba el Consejo de Guerra.

El capitán Morbrás dió lectura al sumario: *En la noche del 5 al 6 de marzo, el crucero auxiliar "Alma", de cinco mil toneladas y veinte mil caballos, mandado por el capitán de navío De la Croix de Corlaix, en ruta de Tolón a Bizerta, fué atacado y hundido por un buque enemigo...*

Brambourg fué requerido a ratificar su declaración ante el Tribunal. El capitán Morbrás quería acosarlo de preguntas para hacerle incurrir en contradicciones y llevarlo al terreno de la confesión. Todo ello discreta y hábilmente.

—Señor presidente... Mis recuerdos son sumamente vagos...

—La única cosa que nos interesa saber, es la clase de señales que el buque enemigo hizo al "Alma" y que su Comandante, el capitán de Corlaix, tomó por contestaciones correctas, con arreglo a nuestro código de señales.

—No sé... no sé...

—¿Dónde estaba usted, teniente Brambourg, en el momento en que los dos buques cambiaron señales?

—El Comandante me había enviado a hacer una ronda por el interior del navío...

—¿Y no vió usted nada?

—Nada...

El capitán Morbrás no creía vencer al teniente Brambourg, y, mirando elocuentemente a Juana, pronunció:

—Creo, señores, que la culpabilidad del ca-



Brambourg fué requerido a ratificar su declaración ante el Tribunal.

pitán de Corlaix no deja lugar a dudas, puesto que ningún testigo ha visto las pretendidas señales...

Brambourg prosiguió, inconscientemente:

—Me olvidé del detalle de que antes de hacer mi ronda, entré un instante en el camarote del alférez d'Artelles, en el momento en que su ordenanza salía.

—¡Ah! Y la ventanilla del camarote de d'Artelles, ¿estaba abierta o cerrada? Busque bien en sus recuerdos... Si la ventanilla estaba abierta, no es posible que no haya visto las señales...

—Creo que estaba... abierta...

El comandante Morbrás incorporóse de su sillón, y objetó a Brambourg, mirándole fijamente:

—Ha dicho usted: creo... Tenga cuidado, señor oficial... No olvide que están en juego el honor y la carrera de un prestigioso marino y que las contestaciones deben ser concretas...

Turbado, Brambourg afirmó:

—Me acuerdo perfectamente... ¡Estaba abierta!

—¡Ah!... Estaba abierta... Entonces... no pudo dejar de mirar... Es tan natural... Y si miró, debió verlas...

—No recuerdo... No recuerdo, nada...

Juana había seguido, con una angustia atroz en el alma, el interrogatorio del capitán Morbrás al teniente Brambourg, y al oír que éste negaba haber visto las señales, haciendo imposible, con ello, la salvación del inocente capitán de Corlaix, abandonó su asiento y, enérgicamente, acusó al infame:

—¡El teniente Brambourg las ha visto!

El asombro se pintó en todos los semblan-

tes. El acusado se emocionó ante la intervención de su hija, juzgándola una prueba de su confianza en él, pero le desconcertaba el hecho de que ella acusase de aquella forma a Brambourg.

El Almirante que presidía el Consejo de Guerra invitó a Juana a que declarase lo que supiese acerca del grave asunto, y Juana lo hizo de manera brillante.

—Sí, señor Almirante, el teniente Brambourg estuvo con el alférez d'Artelles, en el camarote de éste, la noche de la batalla, y vió las señales. Prueba de ello es que, después de la primera contestación del barco enemigo... el Alférez dijo al Teniente: *Cuatro luces rojas... Es un buque francés...* Entonces... el teniente Brambourg repuso: *La contestación es correcta... Pero eso no quiere decir nada...* Y al mismo tiempo añadió: *¿Te gustaría saber lo que me da en la nariz?... ¡Sí, señor Almirante!... Yo he oído eso y yo he visto las señales... porque yo estaba allí... ¡en el camarote del alférez d'Artelles!*

Un rumor de inmensa sorpresa llenó la sala.

Brambourg, abrumado por la real acusación, se declaraba vencido.

—El ordenanza del alférez d'Artelles puede testimoniar que yo estaba en el camarote de su jefe la noche de la batalla—prosiguió Juana, señalando al mulato.

—Sí, sí—dijo el fiel salvador de la joven. Y lloraba, por no haber podido cumplir hasta la tumba la promesa que hiciera al desapa-

recido alférez d'Artelles de no revelar nunca a nadie aquel secreto...

—Teniente Brambourg... ¿confirma usted las declaraciones de la señorita de Corlaix?—preguntó el capitán Morbrás, descontando cuál sería la respuesta.

Y Brambourg, avergonzado, confesó... retirándose luego de la sala, cabizbajo y arrepentido.

Entonces el capitán Morbrás anunció al Consejo:

—Señores... Tengo el gusto de hacer constar que, con una alegría que no trataré de disimular, retiro la grave acusación que pesaba sobre el capitán De la Croix de Corlaix... En cuanto al teniente Brambourg, la justicia militar se encargará de juzgar su caso...

En aquel instante un ordenanza hizo entrega al Consejo de una carta del teniente Brambourg, que fué leída en voz alta. Decía lo siguiente:

Señor Presidente:

Puesto que todavía me queda el honor de ser soldado sabré rescatar mi culpa dando la vida por mi patria.

Adjunto una carta de puño y letra del alférez d'Artelles, escrita unos instantes antes de su muerte, que rehabilitará públicamente a la más leal de las mujeres y a la más buena de las hijas.

El digno capitán de Corlaix era todo oídos. No había vuelto aún de su indefinible asombro al enterarse de la insospechable aventura

de su hija. ¿Qué diría esa carta del alférez d'Artelles?

Helo aquí:

Juana:

Esta misma noche comunicaré a tu padre lo de nuestro casamiento secreto. Prefiero mil veces afrontar todos sus reproches que seguir la insostenible situación de este equívoco...

El prestigioso marino dió un suspiro de satisfacción. Su honor y el de su hija quedaban limpios de toda mancha. ¡Oh, qué angustiosos momentos había pasado!

El veredicto fué, naturalmente, de inculpabilidad, y después de que el capitán Morbrás hubo abrazado, llorando de felicidad, a su íntimo amigo, cuya deshonra llegó a creer segura, padre e hija, olvidándolo todo el primero, se estrecharon en sus brazos con toda su alma, participando de su alegría, a través de lágrimas, el fiel ordenanza del infortunado Alférez.

FIN

Prohibida la reproducción

Revisado por la censura gubernativa

Próximo número, EXTRAORDINARIO
La magnífica novela de maravilloso asunto moderno:

El Pecado de volver a ser joven

—::—

Postal-fotografía de ADOLPHE MENJOU